

GERARDO RODRÍGUEZ

Director

SILVIA ARROÑADA

CECILIA BAHR

MARIANA ZAPATERO

Editoras

Cuestiones de Historia Medieval

Volumen 1



Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Historia

La Edad Media: periodizaciones y valoraciones posibles

ALBERTO ASLA

Universidad Nacional de Mar del Plata

JORGE ESTRELLA

Universidad Nacional de Mar del Plata

GERARDO RODRÍGUEZ

Universidad Católica Argentina

Universidad Nacional del Sur

Universidad Nacional de Mar del Plata

Dividir el tiempo, segmentar la cronología en etapas temporales fuertemente individualizadas, ha sido una de las primeras operaciones intelectuales destinadas a hacer inteligible el pasado de las sociedades humanas. La taxonomía subdivide la historia en una periodización, en una clave de lectura que pone de relieve los presupuestos implícitos del historiador o de su época.

Cada uno de estos períodos nace progresivamente: así, la Edad Media afirma su autonomía histórica superando un origen que remite al prejuicio y la desvalorización. La periodización tripartita se impone, hasta que en el siglo XIX, se establece la tradicional división cuatripartita, basada esencialmente en criterios que reflejan la supremacía de lo político.

En la actualidad, las etapas en que se subdivide el proceso histórico así como los criterios que las sustentan se encuentran en una profunda renovación que no implica desconocer los aportes que la periodización brinda a la enseñanza secuencial de la historia.

Subyace a esta discusión una cuestión esencial: la posibilidad o no de una periodización de la historia universal. Este verdadero nudo gordiano implica, a su vez, otra serie de planteamientos vinculados con la existencia de una historia universal o bien de períodos globales homogéneos, posibles de ser genéricamente caracterizados a partir de elementos constitutivos básicos.

La inicial valoración positiva que los hombres "medievales" dieron a su propio tiempo fue consecuencia de la concepción temporal cristiana, vigente en esa época, que dividía a la historia en tres períodos: el primero, "antiguo", eran los momentos previos a la venida de Cristo; un período "medio", el de ellos, agru-

paba aquellos sucesos comprendidos entre la Resurrección de Cristo y su segunda venida; en tanto, el Juicio Final daba paso a la última etapa, identificada con el fin de los tiempos.

Por su parte, en el siglo XIX, filósofos, historiadores y hombres de las artes y de las letras idealizaron la Edad Media. Eran los tiempos del Romanticismo, tiempos en que se dejaron de lado las concepciones propias de la Ilustración y se encontraron en lo medieval elementos positivos que sustentaban un modo de concebir la realidad marcado por el nacionalismo y la idealidad.

Las historias nacionales buscaron en la Edad Media sus raíces. Uno de los ejemplos más acabados de esta identificación entre la “Nación” y los tiempos medievales lo constituye el mito francés de Juana de Arco; pero también la burguesía encontraba sus orígenes en las ciudades de los siglos XI en adelante y los críticos sociales destacaban los movimientos populares de aquellos tiempos, en particular las hazañas de Robin Hood y los levantamientos campesinos y urbanos de la baja Edad Media.

En el siglo XX, la Edad Media se convirtió en una etapa más de la periodización histórica, con sus luces y sus sombras, destacándose en estos mil años la multiplicidad de procesos y caracterizaciones posibles. Incluso, merced a la labor de Marc Bloch y varios de sus discípulos de *Annales*, los enfoques renovadores de la historiografía encontraron campo fértil en este período histórico.

Estos avances, sumados a los cuestionamientos que ha recibido la periodización tradicional, han permitido a los historiadores de hoy considerar la Edad Media como *un fantasma vivo, una fabricación, una construcción, una invención, un mito*; en síntesis, un ensamble de representaciones y de imágenes superpuestas y difusas. Se impone un diálogo crítico entre los avances de la ciencia histórica y el concepto de Edad Media.

Los investigadores subrayan la imposibilidad de dotar de homogeneidad y sentido a un período tan amplio como el medieval y afirman que, si se mantiene este criterio de periodización, es solo por sentido práctico. En cuanto a contenidos se refiere, es necesario desmitificarla. A una Edad Media “imaginada” debe oponerse la realidad de la investigación histórica, que profundiza cada uno de los aspectos importantes de este período.

Es imperativo recuperar un medioevo pleno y posible para el conocimiento general, que supere la minusvaloración tan arraigada en la opinión general o bien la idealización excesiva, que lleva a buscar y encontrar en estos tiempos los orígenes de elementos característicos de épocas posteriores, de existencia incierta o poco probable en la Edad Media.

Tal recuperación permitirá problematizar la periodización histórica. ¿Cuáles son, pues, los límites de la Edad Media? ¿Existen sub-períodos internos? ¿Cómo caracterizarlos? La revisión de la periodización, tanto externa como interna, se impone. A partir de nuevas miradas y lecturas será posible superar las falencias y limitaciones de los criterios tradicionales, permitiendo observar matices temporales, espaciales e, incluso, historiográficos. Para responder a estos interrogantes es necesario recurrir a historiadores reconocidos que se han encargado de esta temática.

La Edad Media no existe. Este período de mil años, que se extiende de la conquista de la Galia por Clodoveo al fin de la Guerra de los Cien Años, es una fabricación, una construcción, un mito, se podría decir, un ensamble de representaciones y de imágenes en perpetuo movimiento, largamente difundidas en la sociedad, de generación en generación¹.

El abordaje de la Edad Media es arduo y difícil, no solamente por cuestiones vinculadas con la falta de documentación y las divergencias interpretativas, sino, fundamentalmente, por razones de índole conceptual, dado que con la denominación “Edad Media” hacemos referencia a tres aspectos diferentes —aunque relacionados entre sí—, a saber: un período cronológico; un proceso histórico universal, de larga duración; y un tipo de sociedad determinada².

De estas aplicaciones conceptuales abordaremos aquellas cuestiones vinculadas con la Edad Media entendida como período cronológico, profundizando los problemas centrales relacionados tanto con su “periodización externa” —es decir, el comienzo y el final de esta etapa— como con su “periodización interna” —etapas y momentos diferenciales que caracterizan el milenio medieval—.

Como período cronológico, la Edad Media resulta tan arbitraria como todos los demás, dado que toda periodización histórica es el resultado de una convención: los tiempos medievales abarcan aproximadamente mil años, que se extienden desde la crisis del Imperio Romano hasta los cambios generados por el Humanismo y el Renacimiento.

Ahora bien, tras fijar estos límites, cabría preguntarse cuándo se produjo la crisis del mundo romano. Y, en el mismo sentido, habría que situar con precisión el momento de los cambios que caracterizan la modernidad.

Dar respuesta a estos interrogantes no es tarea sencilla, dado que todo intento es parcial, a la vez que implica tomar postura —ideológica o historiográfica—. A

¹ Christian AMALVAL, “Moyen Âge”, en Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt (dirs.), *Dictionnaire raisonné d'Occident Médiéval*, Paris, Fayard, 1999, p. 790.

² Alain BOURLÉAU, “Moyen Âge”, en Claude Gauvard, Alain de Libera y Michel Zink (dirs.), *Dictionnaire du Moyen Âge*, Paris, PUF, 2002, p. 950.

modo de ejemplo, podemos citar a Jacques Le Goff, quien evoca “una larga Edad Media” que concluye en el siglo XVIII, con los primeros albores de la Revolución Industrial; a Guy Bois, quien prolonga hasta el siglo X una Antigüedad definida por el modo de producción esclavista; o bien a Henri Marrou y Peter Brown, quienes defienden la entidad de un nuevo período denominado Antigüedad tardía —entidad dada, fundamentalmente, por la difusión y consolidación del Cristianismo—.

Se ha publicado, recientemente, una serie de artículos en referencia a ambos autores. Jean Marie Salamito realiza una apretada síntesis de la importancia de los trabajos de Marrou sobre la Antigüedad Tardía y la de sus continuadores, en particular Peter Brown³; por su parte, en el libro en homenaje a este tardoantigüista, Robert Markus plantea un texto comparativo entre los trabajos de Marrou y Brown⁴. El artículo atraviesa toda la producción del autor y resalta la importancia de sus trabajos sobre la Antigüedad tardía, no solamente en concepto sino en relación a las Cristiandades tanto de Oriente como de Occidente, como lo señala Brown en uno de sus trabajos⁵.

Del mismo modo, muchos historiadores consideran la precocidad del humanismo italiano como inicio de la modernidad, siguiendo en ellos los postulados clásicos de Jacobo Burckhardt, en tanto otros recién observan estos cambios con la difusión europea del Renacimiento —entre quienes cabe mencionar a Lucien Febvre, por ejemplo—.

La aparición del concepto “Edad Media”, considerado literalmente como “época intermedia”, es la consecuencia de un doble fenómeno, cultural y religioso, identificado con los humanistas italianos del siglo XIV, en particular Petrarca y su *Ciencia Nueva*. Junto a él, otros escritores —como Leonardo Bruni o Flavio Biondo—, percibieron con claridad estar viviendo una época de profundas transformaciones culturales, caracterizada por la recuperación del espíritu y la literatura de la Antigüedad clásica. Esta recuperación generó un modelo ideal de humanidad y estableció fuertes vínculos entre los siglos XIV-XV y el mundo clásico. Los hombres de entonces desarrollaron plena conciencia de

estar viviendo unos “tiempos nuevos”, que permitían recuperar unos “tiempos antiguos” idealizados. Se generalizaron, entonces, expresiones tales como *media antiquitas*, *medium aevum* o *media aetas*.

Sin embargo, esta terminología inventada por Petrarca y los humanistas italianos no alcanzaría desarrollo y difusión entre los eruditos franceses y alemanes sino hasta la segunda mitad del siglo XVII. Hacia 1639 la denominación Edad Media fue utilizada por primera vez con sentido histórico por el liejense Rausin, en su obra *Leodium*. Tal denominación quedó instituida a partir de las obras de Christopher Keller *Historia antiqua* (1685), *Historia de la Edad Media desde los tiempos de Constantino el Grande hasta la toma de Constantinopla por los Turcos* (1688) e *Historia nueva* (1696). En ellas expuso los fundamentos de una división tripartita de la historia y, a la vez, una caracterización negativa de los tiempos medievales, caracterización que fue tomada, generalizada y difundida por los pensadores iluministas del siglo XVIII.

La aceptación generalizada de esta forma de valorar el pasado quedó puesta de manifiesto en dos importantes obras de fines del siglo XVII. En 1681, Charles du Cange se hace eco de ella en su *Glosario de la latinidad medieval y tardía*. En 1688 el profesor Loescher la repitió en un manual editado en Alemania.

Los filólogos e historiadores de la literatura de los siglos XVII y XVIII marcaron tres fases en la evolución del latín: la “Alta Edad” o “Edad Superior”, que prolongaban hasta la época de Constantino y constituía el momento del latín clásico; la “Edad Media”, que ubicaban entre Constantino y Carlomagno; y la “Edad Ínfima”, que tenía su comienzo en los Juramentos de Estrasburgo, primer texto importante en lengua romance —remoto antecedente del “francés” y del “alemán”—. Nuevamente, y desde una perspectiva diferente, la Edad Media quedó asociada a una etapa intermedia, de escaso valor en sí misma.

En el siglo XVIII, Voltaire tomó esta división tripartita de la evolución de la lengua latina y la aplicó a la historia, en su conocido *Ensayo sobre las costumbres*, de 1756. A partir de entonces la división tripartita de la historia se impone, al igual que una valoración negativa de los tiempos medievales.

Sin embargo, en el siglo XIX los románticos venerarán estos tiempos dado que constituyen el momento de gestación de las nacionalidades. En el siglo dorado de los pueblos y las naciones, la Edad Media ofrecía héroes míticos y hazañas valerosas. Heredera directa de esta forma de comprender el pasado histórico, aunque con una metodología de trabajo diferente, fue la escuela alemana de Leopoldo von Ranke.

En el siglo XX las imágenes, interpretaciones y usos de la Edad Media se multiplicaron, generando discrepancias y largos debates historiográficos. El pri-

³ Jean Marie SALAMITO, “Préface. D’illusion de la décadence à l’intervention de l’antiquité tardive: Ce que nous devons à Henri Irénée Marrou”, en Benjamin Goldlust y François Ploton-Nicollet (dirs.), *Le païen, le chrétien, le profane. Recherches sur l’Antiquité tardive*, Paris, Presses de l’Université Paris-Sorbonne, 2009, pp. 11-20.

⁴ Robert MARKUS, “Between Marrou and Brown: Transformations of Late Antiquity Christianity”, en Philip Rousseau and Manolis Papoutsakis, *Transformations of Late Antiquity. Essays for Peter Brown*, England, Ashgate, 2009, pp. 1-13.

⁵ Peter BROWN, “Gloriosus Obitus: The End of the Ancient Other World”, en W. E. Klingshirm and M. Vassey (eds.), *The Limits of Ancient Christianity: Essay on Late Antique Thought and Culture in Honor of R. A. Markus*, Ann Arbor, MI, 1999, p. 311.

mero en plantear un cambio radical en la periodización inicial del mundo medieval fue Henri Pirenne, quien publicó —en 1922, en la *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*— el avance de su innovadora tesis, que se difundirá póstumamente, con la edición en 1937 de su libro *Mahoma y Carlomagno*. En ellas sostuvo que los comienzos debían fijarse en el siglo VIII, con las transformaciones operadas en el Mediterráneo tras la dominación de los musulmanes.

Desde perspectivas diferentes, Ferdinand Lot y Helena Staerman, en cambio, defendieron la postura que situaba el fin de los tiempos antiguos en la llamada “Crisis del Siglo III”. Desde entonces, este siglo y esta crisis han sido un hito importante, pero no siempre demarcador de épocas. Otros historiadores a lo largo del siglo XX —entre los que pueden mencionarse a Moses Finley, Caroll Bark, Françoise Ganshof, Leopold Génicot y Charles Parain— señalaron la cesura en el siglo V, tras la instalación definitiva de los pueblos germánicos. Finalmente, y asumiendo posturas historiográficas diferentes e incluso encontradas, pueden señalarse a aquellos que ven en los siglos III al X “momentos de transición de un modo de producción a otro” —Guy Bois, Chirs Wickham, Abdilio Barbero, Marcelo Vigil, entre muchos otros— o bien los que defienden la identidad de los siglos III al IX como propios de la “Antigüedad tardía” —a los ya señalados H. Marrou y P. Brown agregamos a Santo Mazzarino, Arnaldo Momigliano y Averil Cameron—.

A modo de síntesis, Robert López, José Luis Romero, Franz Maier, Gonzalo Bravo, Luis García Moreno, Robert Fossier, José Ángel García de Cortázar y José Ángel Sesma Muñoz han elaborado interpretaciones en las que conjugan los aportes de las tradiciones grecolatinas, germanas y judeocristianas que dan origen al mundo medieval y permiten la génesis de Europa.

En conclusión, la historiografía actual se muestra fragmentada en sus visiones referidas a los inicios de los tiempos medievales, que siguen motivando diferentes propuestas e interpretaciones de análisis sobre aspectos diversos pero no siempre —o de ningún modo— excluyentes. Así, las cuestiones políticas hoy vuelven a ser tan importantes como las de índole económica, social y cultural. Pero una conclusión parece imponerse: sin estudios regionales minuciosos será imposible tener un panorama completo de unos comienzos cada vez más difíciles de universalizar y generalizar.

Algo similar ocurre con el fin de la Edad Media y los inicios de la Modernidad. La historiografía tradicional fijó el final del período en 1453, año de la caída de Constantinopla en poder de los turcos otomanos. Este acontecimiento, señalado por primera vez por C. Keller, tiene la particularidad de ser sig-

nificativo para tres grandes núcleos geohistóricos: el Occidente cristiano, el Imperio Bizantino y el Islam. Menor fortuna recibieron otras fechas seleccionadas, tales como 1492 —descubrimiento de América— o 1517 —inicios del movimiento luterano—.

Sin embargo, más allá de las fechas, las discusiones siguen abiertas. ¿Los humanistas del siglo XIV constituyeron el motor del cambio social y cultural o éste será el resultado de la expansión del llamado Renacimiento? ¿La crisis del siglo XIV cuestiona los profundos cimientos de la sociedad feudal o, por el contrario, señala la primera crisis de la transición hacia el capitalismo, que abarcará los siglos sucesivos, hasta los inicios de la Revolución Industrial?

Varios debates han quedado inconclusos en torno a estos siglos de cambio —Debate Dobb-Sweezy, Debate Brenner—, que los historiadores hoy acuerdan, en general, situar entre los siglos XIV y XVI. Siglos denominados “bifrontes” por Esteban Sarasa Sánchez⁶, que permiten el surgimiento de los rasgos y elementos esenciales de la modernidad. Y aquí, nuevamente, las discusiones: ¿es una la modernidad o bien hay una temprana modernidad que da paso luego a la modernidad clásica?

En los comienzos del siglo XXI pareciera que las periodizaciones dejan de lado las cesuras terminantes y violentas, recurriéndose, por el contrario, a “fronteras temporales elásticas”, coincidentes con los conceptos elaborados por Fernand Braudel sobre la larga duración y los diferentes ritmos de la historia.

En lo referido a la periodización interna nos encontramos con varias posibilidades, estrechamente relacionadas con vertientes historiográficas nacionales. Así, a una primera división bipartita de la Edad Media en Alta (entre el 400 y el 1200) y Baja (entre el 1200 y el 1450), el siglo XX vio cómo los historiadores anglosajones reconocieron una etapa de cenit entre ambas, a la que denominaron Plena Edad Media (entre el 1000 y el 1300). Hoy, si bien esta división parece generalizada, los fundamentos de cada etapa no siempre son claros o por todos reconocidos. Por ello, consideramos operativa la periodización propuesta y desarrollada por Nilda Guglielmi, quien habla de “los tiempos de cambio (siglos V al X)”, “los tiempos de renovación (siglos XI-XIII)” y “los tiempos difíciles (siglos XIV-XV)” como una forma operativa de abordaje de los mil años medievales⁷.

Por ejemplo, la Plena Edad Media implica los años de mayor crecimiento y “desarrollo”; pero, ¿cuándo y dónde señalar los comienzos del mismo? ¿A qué

⁶ Esteban SARASA SÁNCHEZ, *Las Claves de las Crisis en la Baja Edad Media. 1300-1450*, Barcelona, Planeta, 1991, p. 16.

⁷ Nilda GUGLIELMI, *Aproximación a la vida cotidiana en la Edad Media*, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, 2000, pp. 13-39.

aspectos se debe otorgar prioridad? ¿Puede hablarse de grandes transformaciones en una economía que siguió siendo —hasta el siglo XVIII— esencialmente agrícola? Por el contrario, ¿el siglo XIII es aún un siglo de expansión o ya señala los límites del crecimiento europeo? Así podrían multiplicarse los interrogantes y los matices casi hasta el infinito.

Una alternativa histórica e historiográfica posible a esta encrucijada la constituye la historia regional, en particular la microhistoria. A partir de estudios de caso será posible establecer momentos, lugares y ámbitos en donde se producen rupturas o bien continuidades, en un contexto estructural.

Finalmente, una cuestión se impone: ¿es la historia de la Edad Media sinónimo de historia de Europa? Pareciera que la respuesta es afirmativa, máxime si tenemos en cuenta la opinión de los sujetos históricos de la época, quienes acuñan el concepto de Europa. En el año 754, un cronista mozárabe anónimo escribe que combatientes “europeos” lucharon bajo las órdenes de Carlos Martel contra el invasor musulmán, utilizando por primera vez esta denominación. Pocos años después, el cronista franco Nithard calificó a Carlomagno como el “pacificador de Europa”.

Muchos caracteres de la Europa actual hunden sus raíces en los tiempos medievales pero sería un grave error considerar, sin más, una continuidad acrítica entre una civilización y otra, dado que estaríamos adoptando posturas románticas.

Consideramos que es posible reconocer y subrayar las vías abiertas por los estudios medievales a la vez que señalar los caminos que aún falta andar. Por ello, la Edad Media tiene futuro, a pesar de que es un pasado aún incierto⁸ o brumoso⁹.

⁸ Alain GUERREAU, *El futuro de un pasado. La Edad Media en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2002.

⁹ Juan CARRASCO PÉREZ, “La Historia Medieval hoy: un horizonte brumoso e incierto”, en AA.VV., *La Historia Medieval hoy: percepción académica y percepción social. XXXV Semana de Estudios Medievales, Estella, 21-25 de julio de 2008*, Navarra, Institución Príncipe de Viana, 2009, pp. 19-35.

